

One Two Three

Armonía.

El ambiente en el aula era tranquilo. En él resonaba una secuencia de sonidos que formaban una sinfonía, la cual, me arrullaba, y provocaba que por momentos cerrara mis ojos. Todo mi entorno se centraba en una sola persona: la profesora. Los alumnos, encantados, prestaban atención a cada palabra, atraídos por un tema, el cual, no recuerdo. Su voz viajaba por todo el salón, mientras que los oyentes eran envueltos en la armonía de sus palabras. En cambio, ahí estaba yo, con solo tres horas de sueño, cerrando los ojos cada vez que la profesora se distrajera. En ese momento, no me importaba la clase, no me importaba la maestra, solo quería dormir. Dormir. El sueño me vencía; y yo, no me resistía a su insistencia.

El aula resonaba con cada palabra, con cada movimiento, creando una sinfonía de sonidos que, para mí, se convertía en hermosas melodías. Estas me hacían flotar, sumergiéndome en otro espacio, en otro mundo, el que solo podría describir de una sola manera. Tranquilidad.

De repente, algo interrumpió aquella secuencia.

Ring-ring.

Aquel momento de paz se desmoronó. Un sonido que aún no olvido. El que rompió mi momento de tranquilidad, y también, mi felicidad. Este interrumpió aquella hermosa melodía. La convirtió en una pieza imperfecta; una melodía carente de interés, aquella bella secuencia se había transformado en discordia.

La profesora cesó su clase. Todos voltearon a mi dirección. Aún desconcertada por aquel golpe repentino, alcé la mirada. Fue cuando me di cuenta de que ese sonido provenía de mi mochila. Suspiré, y tomé mi celular.

«Madre»

Rápidamente, me puse de pie y dirigí mi caminar hacia la maestra. Esta, confundida, preguntó qué sucedía. Todos me observaban. Quedé en silencio un momento, y pedí permiso para salir y contestar la llamada; está asintió y siguió con su clase.

Salí del aula. Deslicé la pantalla, y acerqué la bocina a mis oídos.

Discordancia.

Sus palabras me estremecieron. No lograba procesarlas, no podía entenderlas. Era el tipo de oración que nunca esperabas escuchar.

«Tu padre tuvo un accidente»

Mi mente comenzó a dar vueltas. El piso se volvió irregular. Todo quedó en blanco, aun con la voz de mi madre de fondo, no podía procesar lo que escuchaba.

Negué. Contradecí. Supliqué.

La llamada terminó. En ese instante, me vi sumida en la contemplación del vacío, como si las palabras, ahora desvanecidas en el éter, dejaran un eco silencioso en mi ser. Por minutos que parecieron una eternidad, no hubo pensamientos que invadieran mi mente, ni palabras que salieran de mis labios. El vacío, imponente y majestuoso, se extendía ante mí, su presencia era palpable en la ausencia de sonido.

Abrí la puerta y entré, tomé mi mochila y regresé a la salida. Mientras salía, la profesora me detuvo, no escuché lo que dijo, no la miré, solo respondí a su pregunta. Un silencio profundo cayó sobre el aula. La expresión de mis compañeros cambió radicalmente; la maestra, por su lado, no sabiendo cómo reaccionar, solo me despidió con preocupación.

Con cada paso, sentía como el duro suelo se volvía de goma. El sonido comenzó a manifestarse. Esta vez era un ruido agudo e insoportable. No era una melodía, era todo lo contrario. Una discordancia. Esta me consumía, me hacía sufrir mientras mi desesperación aumentaba.

Subí al taxi. Mis ojos luchaban por contener las lágrimas. El auto avanzaba, pero yo no podía pensar en nada. Solo deseaba llegar a aquel lugar y verlo. Tenía miedo. Terror.

En ese momento, lloré. Rogué. Incluso recé a Dios en busca de esperanzas. Comencé a darme ánimos; pensar positivamente. Ahuyentaba la negatividad que llegara a mi mente, pero la misma, incansable, me asediaba como sombras que se aferran a la luz. Intentaba, con todas mis fuerzas, disipar la bruma que me cubría; pero cada esfuerzo solo hacía que se agravara más.

Las lágrimas salían de mis ojos. Mientras me encontraba perdida en mis pensamientos, el celular sonó. Mi corazón empezó a latir más rápido, este rogaba por una buena noticia; una pequeña esperanza.

La vida, tan anticlimática como siempre, me mostraba como los escenarios perfectos no son nada más que una fantasía. Un sueño.

Bajé del taxi. Alcé la mirada. Busqué algún rostro conocido, dirigiendo mi vista hacia la puerta de urgencias, donde mi hermano estaba sentado. Me acerqué a él hablando suavemente. Al momento, este alzó la cabeza. Sus ojos parecían traspasarme. Su cara pálida y con ojeras, mostraba ansiedad.

¿Ansiedad? No habló, ni siquiera me miró a los ojos, dio la vuelta y entró al hospital. Caminé hacia él, las puertas se abrieron, y al entrar, vi como mi hermano caminaba hacia el elevador.

Mis pasos, aún irregulares, trataban de seguir a mi hermano. Me pare a su lado. No lo miré. No le hablé. En ese momento sabíamos que las palabras no tendrían sentido. Subimos al elevador. Me llené de coraje, y vi a mi hermano a la cara, solo para ver como una lágrima salía de su ojo. Su cara tenía un contorno apagado. Desvió la mirada y salió del elevador.

En el pasillo estaba mi tía y mi hermano pequeño. Pregunté por la situación. Mi tía, con pena en sus ojos, me señaló la dirección. Mi madre sentada en una silla, lloraba desconsoladamente. Algo dentro de mí se movió. Me desgarraban por dentro. Me acerqué y pregunté por la situación actual.

No sabía cómo tomar sus palabras. Buenas o malas noticias. Dependía de que tanto me quisiera ilusionar. Era una oportunidad. Pero no era nada más que eso. Una simple esperanza.

En la vida, muchas veces una pequeña esperanza puede ser tu salvación, esa pequeña posibilidad había salvado millones de vidas. Me aferré a sus palabras.

El doctor salió. Solo dijo unas pocas palabras. Unas míseras palabras que rompieron cualquier esperanza. Caí de rodillas al suelo. De fondo se escuchaba a mamá llorando. Mis hermanos lloraban abrazados, mientras eran consolados por mi tía. Las lágrimas salían por mis ojos, eran incontrolables. La persona que para ese momento había sido la más importante, se había ido.

Mi corazón, afligido y sin consuelo, se negaba a creerlo. Sentía como mi alrededor daba vueltas. Durante minutos, en aquel lugar, lloré a la única persona que se preocupaba por mí. No lo creía. No. En realidad, solamente trataba de despertarme de aquella pesadilla.

Por minutos solo pensaba en él. La idea de que nunca lo volvería a ver me hacía estremecer. El solo pensar que ya no me esperaba en la entrada de la escuela me destruía. Su ausencia me golpeó instantáneamente. La persona que me había enseñado la mayor parte de mis pasatiempos, se había ido. ¿Con quién más practicaría piano? ¿Con quién leería libros? ¿Con quién más vería películas? Solo era él. No hubo consuelo. No había palabras que me levantaran el ánimo. Solo había dolor.

Aquel pasillo era envuelto en una densa niebla, como si el dolor mismo se hubiera impregnado en el aire. Mi madre hablaba con el doctor, su voz temblorosa y entrecortada, apenas y se podía escuchar. Estos discutían los procedimientos que se debían seguir. Cada palabra, cada sollozo era un eco distante, casi irreal, que apenas lograba penetrar el manto de mi aturdimiento.

Me dirigí hacia mi hermano. El ambiente que le rodeaba era similar al mío, cargado de una tristeza que era palpable en su mirar. Sus hombros estaban caídos. Sus ojos, normalmente llenos de vitalidad, ahora eran pozos oscuros de dolor y desesperanza. Acercándome a él, le pedí que me llevara a casa. Este, poniéndose en pie, y limpiando sus lágrimas, asintió.

Aquellas horas pasaron en un instante. En mi mente, el tiempo parecía detenerse. Pero eso, no era nada más que miedo, una distracción de mi subconsciente en busca de ocultar la realidad. Una farsa.

Disonancia.

Las aves cantaban como en cualquier día. Los niños jugaban en el parque. El sol brillaba como de costumbre. Todo el mundo seguía su rutina. Pero yo, no me movía a su ritmo.

Había pasado una noche. Una noche, que para mí, fue insoportable. Las palabras de ánimo que me repetía eran apenas un susurro frente al rugido ensordecedor de mis propios miedos e inseguridades. Me decía que todo mejoraría, que debía mantenerme firme. Pero en el fondo, una parte de mí sabía que las heridas del alma no sanan fácilmente, que el tiempo no siempre es el mejor remedio.

En la soledad de mi habitación, los fantasmas de mis errores y fracasos danzaban a mi alrededor, burlándose de mis intentos de escapar. Me tapaba con la manta, intentando esconderme de ellos, pero el silencio de la noche solo amplificaba sus susurros. Me sentía prisionera en una celda construida por mis propios pensamientos, incapaz de encontrar la llave que me liberara.

Parada frente al espejo, apenas reconocía el reflejo que me devolvía la mirada. Mis ojos, antes llenos de brillo, ahora eran oscuros, cargados de tristeza y agotamiento; me decían que debía ser fuerte, que debía luchar. Pero me parecía una batalla interminable, una guerra que nunca podría ganar.

Llegué a aquel lugar. Desempolvo el florero y le reemplacé el agua y las flores marchitas. Me acerqué a la caja. Nuevamente, las lágrimas salían. Me quedé ahí, inmóvil, contemplando el rostro sereno que una vez estuvo lleno de vida. El dolor era como una incesante punzada en el pecho. Cada lágrima que caía llevaba consigo un fragmento de mis recuerdos, aquellos momentos compartidos que ahora parecían tan lejanos.

El aire estaba impregnado de una mezcla de tristeza y solemnidad, y el silencio de la sala se volvía ensordecedor. Las flores, que deberían haber traído consuelo con su fragancia y vitalidad, solo subrayaban la ausencia, el vacío que ahora ocupaba el lugar de esa presencia tan querida.

Recordé su risa, sus gestos, la calidez de su abrazo. La realidad de su partida se hacía cada vez más insoportable. La pérdida era un abismo sin fondo, y mi corazón, frágil y desbordado, se rompía un poco más con cada sollozo ahogado. Mis manos temblaban al acariciar el borde de la caja, como si buscara una última conexión, un último adiós que nunca sería suficiente.

Rodeada de un dolor tan profundo, me pregunté cómo seguiría adelante, cómo enfrentar un mundo en el que ya no estaría. Algunos de mis familiares, amigos y conocidos estaban ahí, todos venían a dar la última despedida.

Salí de la habitación. Mi madre y hermanos estaban afuera. Sentados en una mesa, desayunando. Tomé una silla y los acompañé. Tomé mis audífonos, saqué mi celular, y puse una de mis piezas favoritas.

Sonata Claro de luna.

Una de las razones del porqué me enamoré de la música clásica y el piano.

Llegaba de la escuela por la tarde. En ese entonces, sentía que la vida me consumía; esta se aseguraba que no pudiera seguirle el paso.

El bello sonido del piano estremeció mi ser. Podía sentir como todas mis preocupaciones desaparecían al son de aquella pieza.

Su primer movimiento, *Adagio sostenuto*, era lento y melancólico, con una belleza sombría que refleja perfectamente la profunda tristeza y el dolor; el que, con su ritmo pausado y sus acordes oscuros, me evocaba una atmósfera de contemplación y nostalgia.

Allegretto, por otro lado, era más ligero, más breve, ofreciendo un contraste con la tristeza del primer movimiento. Era una pieza más animada, aunque aún tenía un matiz de melancolía. Este me provocaba la sensación de momentos de distracción, pequeños destellos de esperanza que a veces surgen incluso en los momentos más oscuros.

Presto agitato, el tercer movimiento, se sintió diferente. Era como si aquella paz entrara en conflicto; como si aquel movimiento intentará borrar aquella paz. Era intenso y apasionado, como una energía tumultuosa que refleja un torbellino de emociones. Esta transmitía una sensación de conflicto y esfuerzo, como si estuviera capturando la batalla interna de alguien que está tratando de lidiar con una avalancha de sentimientos contradictorios y abrumadores.

Mi padre miró en mi dirección con una sonrisa. Seguramente, mi expresión delató la emoción que sentí al escucharlo.

Desde ese momento, la música se había convertido en un medio de comunión con mi padre. Aquella relación, antes llena de indiferencia, había cambiado. Tocábamos por horas. Practicábamos todos los días. Incluso participamos en algunos eventos juntos. Fue la única persona que tomo en serio mi situación, la única que se preocupó un poco por mi bienestar; la que me dio las fuerzas para seguir.

Pero ahora esa persona se había ido, y jamás la volvería a ver. El dolor que sentía en ese momento era incomparable a cualquier cosa que había experimentado. Él era la razón por la que me levantaba todos los días, pues sabía que ahí estaría él, con mi desayuno en la mesa.

La pieza terminó. El último acorde se desvaneció en mis oídos, dejando tras de sí un silencio cargado de emociones. Por momentos, mi mente viajaba entre recuerdos, destellos del pasado que emergían con una claridad dolorosa. Recuerdos que, en su momento, no supe apreciar plenamente. Las veces que hablaba con él, nuestras conversaciones largas, llenas de complicidad, eran momentos que ahora parecían más preciosos que nunca.

Nos divertíamos, reíamos juntos como si el mundo exterior no existiera. En su presencia, el peso de mis preocupaciones se aligeraba, y su risa tenía el poder de desvanecer cualquier sombra. De hecho, era la única persona con la que me sentía verdaderamente segura, un refugio en medio de la tormenta. Su partida dejó un vacío que nada ni nadie podría llenar.

Se fue. La realidad de su ausencia golpeaba con la fuerza de una ola, arrastrándome al abismo de la tristeza. Me levanté. Traté de entrar una vez más a aquel lugar, pero al abrir la puerta, la cerré de inmediato. Sí. No me quería despedir aún, mi ser se negaba a esa idea. Quería que el tiempo se detuviese, solo para prolongar un poco más aquel adiós. Me volví a sentar. El contorno de mis ojos era rojo; su color, solo era prueba de las incontables lágrimas que había derramado; y las lágrimas, de lo mucho que lo quería.

Un auto blanco, con cruces a los costados, se deslizaba silenciosamente por la calle. La carroza, con su inmaculada pureza y solemnidad, era un símbolo tangible de la despedida final. Una vez más, mi corazón se aceleraba, las lágrimas brotaban de mis ojos, sollozos y lamentos se escuchaban por doquier. Lo sabía. Sabía muy bien que este era el inicio de la despedida; ¿Qué más podía hacer? Un sentimiento de impotencia se apoderaba de mí, una desesperación que calaba hasta los huesos.

Todos seguíamos aquella carroza. Su ruta ya estaba definida: el cementerio. Cada paso que dábamos parecía sincronizado con el lento avance del vehículo blanco, un cortejo fúnebre guiado por la solemnidad de la pérdida. Las cruces doradas a los costados brillaban bajo el sol, creando destellos de luz en un día teñido de tristeza.

El camino hacia el cementerio parecía interminable, cada metro recorrido era un recordatorio doloroso de lo inevitable. A nuestro alrededor, el mundo continuaba su marcha, ajeno a dolor, pero en nuestro pequeño universo, el tiempo se había detenido. Las miradas abatidas de los presentes, los suspiros ahogados, y los sollozos esporádicos componían una sinfonía de luto que acompañaba el avance de la carroza.

El paisaje a nuestro alrededor cambiaba lentamente, los edificios y calles familiares dando paso a los árboles y senderos que llevaban al campo santo. Con el avanzar de nuestro auto, los recuerdos se agolpaban en mi mente, imágenes de momentos compartidos, de risas y confidencias que ahora

parecían tan distantes y a la vez tan presentes. Me aferraba a estos recuerdos, tratando de encontrar consuelo en medio del abrumador dolor.

Llegamos al cementerio sus puertas de hierro forjado, abriéndose como un umbral hacia una nueva realidad, una en la que debía aprender a vivir sin su presencia física. La carroza se detuvo, y el silencio se volvió aún más profundo.

Con pasos lentos y pesados, nos acercamos al lugar designado. El ataúd descendía, y cada movimiento parecía reverberar en mi corazón. Las cruces doradas seguían brillando, ahora rodeadas por el verde sereno del cementerio, contraste que simbolizaba la esperanza en medio del dolor.

Nos reunimos alrededor del ataúd, formando un círculo. Las palabras del oficiante se mezclaban con mis pensamientos. Me cerré por completo, no podía parar de llorar; lloré por minutos. El sitio donde mi padre y yo nos separaríamos para siempre estaba frente a mí. Las lágrimas fluían.

Mientras las primeras paletadas de tierra caían sobre el ataúd, sentí una desesperación abrumante. Sabía que este era el último adiós. No quería. No lo aceptaba. Me negaba a dejarlo ir, no creía que mi padre desaparecería de mi vida para siempre. Me decían: “Él vivirá en tu corazón. Algún día lo volverás a ver. Él es feliz ahora”. Pero eso no me animaba, de hecho me incomodaba, yo lo quería a mi lado, como lo había estado siempre.

El peso de la tristeza era insostenible, aplastante. Me sentía atrapada en un abismo de desesperanza del cual no veía salida. Su ausencia era un agujero negro que absorbía todo el sonido de mí alrededor, dejando solo un vacío frío y oscuro. No podía imaginar un futuro sin él, no podía encontrar un motivo para seguir adelante.

Miraba al suelo, ignorando todo a mí alrededor. Los rostros de los presentes, sus intentos de consolarme, eran borrosos e irrelevantes. Todo lo que existía era el dolor, una tristeza tan profunda que me parecía infinita. La vida había perdido su color, el sonido, su significado. Cada segundo sin él era una eternidad de sufrimiento que me aislaba del mundo y me hundía, cada vez más profundo, en un océano de tristeza. No había superficie, no había aire, solo una presión constante que me aplastaba.

Cada rincón de la casa, cada objeto, incluso el mismo aire, llevaba la huella de su existencia, recordándome constantemente lo que había perdido. Me encontraba en un estado de aturdimiento, luchando por aceptar que nunca más lo vería, que nunca más escucharía su voz tranquilizadora o sentiría el calor de su abrazo.

Estaba en el lugar que conectamos por primera vez, el salón de música. Me senté en el sillón, puse mis manos sobre el piano, y comencé a tocar. Al primer sonido, mi cuerpo se estremeció, mientras

tocaba, las lágrimas caían por sí solas y mi corazón se afligía. Mientras continuaba, cada nota resonaba en mi alma, como un recordatorio de lo que habíamos compartido. A medida que mis dedos se movían sobre las teclas, cada acorde traía consigo tristeza, la que en ese momento era un testimonio silencioso de la profundidad de nuestro vínculo. No era lo mismo. No era igual. En mi mente solo había disonancia.

Recuerdo cómo el peso de la pérdida se extendía cada día, una pesadez que se volvía cada vez más difícil de llevar. Cada amanecer traía consigo una nueva faceta del dolor: el vacío, la soledad, la incredulidad. Cada noche era un nuevo desafío para intentar encontrar algo de consuelo en el silencio de la casa, la misma que alguna vez resonó con sus pasos y risas.

El día que mi padre murió fue el peor día de mi vida; pero, el siguiente fue el segundo; y el siguiente, el tercero... Los días que siguieron no fueron mucho menos intensos en carga emocional. Cada uno se sumaba a una creciente ola de tristeza y nostalgia, la cual, parecía arrastrarme hacia una profundidad insondable.

Ausente de sonido.